



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe

CAMINO CUARESMAL GUADALUPANO 2019 REFLEXIONES CUARESMALES

11 - 14 Marzo 2019 I semana de Cuaresma

Lunes 11 Marzo M.I. Mons. Cango. Salvador Martínez

Martes 12 Marzo M.I. Sr. Cango. Juan Castillo

Miércoles 13 Marzo M.I. Mons. Cango. Diego Monroy

Jueves 14 Marzo M.I. Mons. Cango. Guillermo Moreno

1- 5 Abril 2019 IV semana de Cuaresma

Lunes 1 Abril M.I. Sr. Cango Raymundo Maya

Martes 2 Abril M.I. Sr. Cango Carlos Ruiz

Miércoles 3 Abril M.I. Sr. Cango Juan de Dios Olvera

Viernes 5 Abril M.I. Sr. Cango Gustavo Watson

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CUARESMA 2019

«LA CREACIÓN, EXPECTANTE, ESTÁ AGUARDANDO
LA MANIFESTACIÓN DE LOS HIJOS DE DIOS» (Mt 24,12).

Queridos hermanos y hermanas:

Una vez más nos sale al encuentro la Pascua del Señor. Para prepararnos a recibirla, la Providencia de Dios nos ofrece cada año la Cuaresma, «signo sacramental de nuestra conversión»[1], que anuncia y realiza la posibilidad de volver al Señor con todo el corazón. Cada año, a través de la Madre Iglesia, Dios «concede a sus hijos anhelar, con el gozo de habernos purificado, la solemnidad de la Pascua, para que (...) por la celebración de los misterios que nos dieron nueva vida, lleguemos a ser con plenitud hijos de Dios» (Prefacio I de Cuaresma). De este modo podemos caminar, de Pascua en Pascua, hacia el cumplimiento de aquella salvación que ya hemos recibido gracias al misterio pascual de Cristo: «Pues hemos sido salvados en esperanza» (Rm 8,24). Este misterio de salvación, que ya obra en nosotros durante la vida terrena, es un proceso dinámico que incluye también a la historia y a toda la creación. San Pablo llega a decir: «La creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios» (Rm 8,19). Desde esta perspectiva querría sugerir algunos puntos de reflexión que acompañen nuestro camino de conversión en la próxima Cuaresma.

1. LA REDENCIÓN DE LA CREACIÓN

La celebración del Triduo Pascual de la Pasión, muerte y Resurrección de Cristo, culmen del año litúrgico, nos llama una y otra vez a vivir un itinerario de preparación, conscientes de que ser conformes a Cristo (cf. Rm 8,29) es un don inestimable de la misericordia de Dios.

Si el hombre vive como hijo de Dios, si vive como persona redimida, que se deja llevar por el Espíritu Santo (cf. Rm 8,14), y sabe reconocer y poner en práctica la ley de Dios, comenzando por la que está inscrita en su corazón y en la naturaleza, *beneficia también a la creación*, cooperando en su redención. Por esto, la creación –dice san Pablo– desea ardientemente que se manifiesten los hijos de Dios, es decir, que cuantos gozan de la gracia del misterio pascual de Jesús disfruten plenamente de sus frutos, destinados a alcanzar su maduración completa en la redención del mismo cuerpo humano. Cuando la caridad de Cristo transfigura la vida de los santos –espíritu, alma y cuerpo–, estos alaban a Dios y, con la oración, la contemplación y el arte hacen partícipes de ello también a las criaturas, como demuestra de forma admirable el «Cántico del hermano sol» de san Francisco de Asís (cf. Enc. *Laudato sí'*, 87). Sin embargo, en este mundo la armonía generada por la redención está amenazada, hoy y siempre, por la fuerza negativa del pecado y de la muerte.

2. LA FUERZA DESTRUCTIVA DEL PECADO

Efectivamente, cuando no vivimos como hijos de Dios, a menudo tenemos comportamientos destructivos hacia el prójimo y las demás criaturas –y también hacia nosotros mismos –, al considerar, más o menos conscientemente, que podemos usarlos como nos plazca. Entonces, domina la intemperancia y eso lleva a un estilo de vida que viola los límites que nuestra condición humana y la naturaleza nos piden respetar, y se siguen los deseos incontrolados que en el libro de la Sabiduría se atribuyen a los impíos, o sea, a quienes no tienen a Dios como punto de referencia de sus acciones, ni una esperanza para el futuro (cf. 2,1-11). Si no anhelamos continuamente la Pascua, si no vivimos en el horizonte de la Resurrección, está claro que la lógica del *todo y ya*, del *tener cada vez más*, acaba por imponerse.

Como sabemos, la causa de todo mal es el pecado, que desde su aparición entre los hombres interrumpió la comunión con Dios, con los demás y con la creación, a la cual estamos vinculados ante todo mediante nuestro cuerpo. El hecho de que se haya roto la comunión con Dios también ha dañado la relación armoniosa de los seres humanos con el ambiente en el que están llamados a vivir, de manera que el jardín se ha transformado en un desierto (cf. Gn 3,17-18).

Se trata del pecado que lleva al hombre a considerarse el dios de la creación, a sentirse su dueño absoluto y a no usarla para el fin deseado por el Creador, sino para su propio interés, en detrimento de las criaturas y de los demás.

Cuando se abandona la ley de Dios, la ley del amor, acaba triunfando la ley del más fuerte sobre el más débil. El pecado que anida en el corazón del hombre (cf. Mc 7,20-23) –y se manifiesta como avidez, afán por un bienestar desmedido, desinterés por el bien de los demás y a menudo también por el propio– lleva a la explotación de la creación, de las personas y del medio ambiente, según la codicia insaciable que considera todo deseo como un derecho y que antes o después acabará por destruir incluso a quien vive bajo su dominio.

3. LA FUERZA REGENERADORA DEL ARREPENTIMIENTO Y DEL PERDÓN

Por esto, la creación tiene la irrefrenable necesidad de que se manifiesten los hijos de Dios, aquellos que se han convertido en una «nueva creación»: «Si alguno está en Cristo, es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo» (2 Co 5,17). En efecto, manifestándose, también *la creación puede “celebrar la Pascua”*: abrirse a los cielos nuevos y a la tierra nueva (cf. Ap 21,1). Y el camino hacia la Pascua nos llama precisamente a restaurar nuestro rostro y nuestro corazón de cristianos, mediante el arrepentimiento, la conversión y el perdón, para poder vivir toda la riqueza de la gracia del misterio pascual.

Esta «impaciencia», esta expectación de la creación, encontrará cumplimiento cuando se manifiesten los hijos de Dios, es decir, cuando los cristianos y todos los hombres

emprendan con decisión el «trabajo» que supone la conversión. Toda la creación está llamada a salir, junto con nosotros, «de la esclavitud de la corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rm 8,21). La Cuaresma es signo sacramental de esta conversión, es una llamada a los cristianos a encarnar más intensa y concretamente el misterio pascual en su vida personal, familiar y social, en particular mediante el ayuno, la oración y la limosna.

Ayunar, o sea, aprender a cambiar nuestra actitud con los demás y con las criaturas: de la tentación de «devorarlo» todo, para saciar nuestra avidez, a la capacidad de sufrir por amor, que puede colmar el vacío de nuestro corazón.

Orar para saber renunciar a la idolatría y a la autosuficiencia de nuestro yo, y declararnos necesitados del Señor y de su misericordia.

Dar limosna para salir de la necesidad de vivir y acumularlo todo para nosotros mismos, creyendo que así nos aseguramos un futuro que no nos pertenece. Y volver a encontrar así la alegría del proyecto que Dios ha puesto en la creación y en nuestro corazón, es decir, amarle, amar a nuestros hermanos y al mundo entero, y encontrar en este amor la verdadera felicidad.

Queridos hermanos y hermanas, la «Cuaresma» del Hijo de Dios fue un entrar en el desierto de la creación para hacer que volviese a ser aquel *jardín* de la comunión con Dios que era antes del pecado original (cf. Mc 1,12-13; Is 51,3). Que nuestra Cuaresma suponga recorrer ese mismo camino, para llevar también la esperanza de Cristo a la creación, que «será liberada de la esclavitud de la corrupción para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rm 8,21). No dejemos transcurrir en vano este tiempo favorable. Pidamos a Dios que nos ayude a emprender un camino de verdadera conversión. Abandonemos el egoísmo, la mirada fija en nosotros mismos, y dirijámonos a la Pascua de Jesús; hagámonos prójimos de nuestros hermanos y hermanas que pasan dificultades, compartiendo con ellos nuestros bienes espirituales y materiales. Así, acogiendo en lo concreto de nuestra vida la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte atraeremos su fuerza transformadora también sobre la creación.

Vaticano, 4 de octubre de 2018
Fiesta de San Francisco de Asís

FRANCISCO

Elementos para comprender el lenguaje utilizado por el Papa Francisco en su Mensaje para la Cuaresma 2019, sobre la *Redención de la creación*.

1. El concepto de Humanismo Integral.

Jacques Maritain, fue un personaje excepcional, de los más influyentes en la filosofía y en el pensamiento político del siglo XX, uno de los impulsores de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, del movimiento del humanismo, influencia directa de Juan XXIII y de Pablo VI, que incluso se consideraba casi su discípulo. Después de una formación e indagación en el ámbito de la ciencia, Maritain llega a la conclusión de que las ciencias no son suficientes para explicarlo todo. De hecho, del Diálogo con la Filosofía de Bergson le llama la atención especialmente la noción de 'absoluto', y la ciencia sería como una especie de trampolín para entrar en diálogo con otros conocimientos, con otras sensaciones.

En este concepto de absoluto acuña un término que va a ser muy fértil a lo largo del siglo XX: necesitamos un 'humanismo integral'. Con esto se quiere referir a que la comprensión de la persona no sea solo desde parámetros económicos, geográficos o psicológicos, sino que tengamos una perspectiva que abarque más dimensiones. Esta es una gran discusión que está latente en la Declaración de los Derechos Humanos del año 1948, aunque entonces la gran dificultad era ponerse de acuerdo en todas las dimensiones que forman parte de este 'humanismo integral'.

2. El concepto integral y solidario.

Casi en paralelo con estas reflexiones, hay un autor de gran relevancia en el Concilio Vaticano II, el Padre Lebreton, quien intuía también la necesidad de empezar a pensar las conexiones entre medioambiente, el crecimiento económico que se está dando después de la 2ª Guerra Mundial y una noción nueva, 'desarrollo'; es una palabra nueva en el ámbito civil y también, por supuesto, en el eclesial.

Los estudios de Lebreton son muy importantes porque asiste como técnico para la redacción de *Gaudium et spes*, y tiene una gran influencia en este documento del Vaticano II, hasta el punto de que la categoría 'desarrollo', aparece recogida y planteada en este documento. Son términos que León XIII no manejaba y con esto se quiere mostrar cómo el pensamiento de la Iglesia ha ido evolucionando para tratar de integrar los distintos datos que iban aportando las ciencias científicas.

Para León XIII el problema fundamental de la sociedad es económico y laboral; sin embargo, en la época del Vaticano II, sin perder ese horizonte se entiende que hay que incorporar otros elementos, el desarrollo tecnológico, el papel de la persona en todos estos movimientos, el impacto que esto está empezando a tener en el medio ambiente... estas nociones que los padres conciliares manejan, aunque de una forma todavía bastante

rudimentaria, pero desde luego suficiente como para tener efectos especialmente relevantes.

El número 64 de *Gaudium et spes* dice: “Hoy más que nunca, para hacer frente al aumento de población y responder a las aspiraciones más amplias del género humano, se tiende con razón a un aumento en la producción agrícola e industrial y en la prestación de los servicios. Por ello hay que favorecer el progreso técnico, el espíritu de innovación, el afán por crear y ampliar nuevas empresas, la adaptación de los métodos productivos, el esfuerzo sostenido de cuantos participan en la producción; en una palabra, todo cuanto puede contribuir a dicho progreso. La finalidad fundamental de esta producción no es el mero incremento de los productos, ni el beneficio, ni el poder, sino el servicio del hombre, del hombre integral, teniendo en cuenta sus necesidades materiales y sus exigencias intelectuales, morales, espirituales y religiosas; de todo hombre, decimos, de todo grupo de hombres, sin distinción de raza o continente. De esta forma, la actividad económica debe ejercerse siguiendo sus métodos y leyes propias, dentro del ámbito del orden moral, para que se cumplan así los designios de Dios sobre el hombre”.

3. La concepción del desarrollo integral en ‘Gaudium et spes’

El Concilio sí se atreve a definir a qué llama ‘hombre integral’ cuando, a continuación de la frase que hemos visto, dice: *teniendo en cuenta sus necesidades materiales y sus exigencias intelectuales, morales, espirituales y religiosas*. Así que el Concilio hace la propuesta de que la persona tendrá básicamente como una especie de esquema con grandes dimensiones.

- Una primera dimensión tiene que ver con las necesidades materiales, y aquí podríamos incluir todo el ámbito de la economía, el ámbito laboral, el de la alimentación... todos ellos elementos imprescindibles para poder hablar de ‘desarrollo’.

- Según esta descripción parece que una segunda gran dimensión que tenemos todos, es intelectual; aquí podríamos hacer referencia a otras perspectivas, la educación, la formación, la cultura... por el acceso a todos esos bienes.

4. Del desarrollo integral a la ecología integral

Este esquema está en *Laudato si*. De hecho, cuando en el capítulo cuarto el papa Francisco se centra en la cuestión de que la ecología tiene que ser integral, en el fondo está haciendo una extrapolación de estas reflexiones del Vaticano II y lo que está planteando es que, cuando queremos hablar de ecología, tenemos que hacerlo en relación con la economía, con las ciencias, con la ética, en relación con una perspectiva espiritual y también en relación con una perspectiva religiosa. Es más, podríamos decir que, lo que el papa pretende en la encíclica es entrar en diálogo con la ciencia, con la humanidad, desde el punto de vista espiritual y entrar en el diálogo más reducido con aquellos que sienten la fe en Cristo desde el punto de vista religioso.

5. De la naturaleza a la creación

Si aceptamos esta propuesta, podemos entender que el papa Francisco, cuando habla de la naturaleza, propone que se pueda contemplar como creación, es decir, como un espacio que adquiere verdadero significado con otra luz y con otra forma de verlo.

6. La espiritualidad como clave de comprensión antropológica.

La encíclica propone una interacción continua, interacción que se da entre todos los miembros de la humanidad, pero también entre el medio ambiente y las personas. Esta unidad íntima es la que el papa propone como origen del “cuidado de la casa común”. Este aspecto me parece muy interesante y que, por otra parte, está en la base de la espiritualidad cristiana. Como sabéis, todos los años cambiamos de fecha en Pascua porque tiene que coincidir con luna llena para recrear la tradición de los judíos que en la luna llena de primavera celebraban el ‘pacto del maná’, porque era el símbolo de la riqueza, de que Dios seguía bendiciéndoles.

Tenemos en común la ‘casa común’, la naturaleza, el medio ambiente; participamos en la interacción que implica todo lo que nosotros somos, la humanidad, el medio ambiente, lo que vivimos... estamos unidos por una misma realidad. Tenemos también una dimensión espiritual que nos une a todos; es posible que no compartamos las convicciones religiosas, pero esos tres puntos en común, el medio ambiente, la interacción íntima y la dimensión espiritual, la posibilidad de ver las cosas de manera simbólica -anticipo este concepto- nos permite hablar de cosas que tenemos juntos y éste es un primer paso en el cual dialogar. Quizás no nos pongamos de acuerdo en las medidas económicas, políticas, técnicas... pero ¿por qué no partir del diálogo en términos espirituales? Insisto sobre esta perspectiva, es la estrategia que el papa utiliza para proponer su texto como una oportunidad de encuentro más allá de las allá de las siglas y las condiciones, fundado en la dimensión espiritual de las personas, en la íntima unidad que existe entre todo lo creado y en la responsabilidad que compartimos sobre la casa común.

Unos viven la dimensión espiritual bajo las convicciones islámicas, otros bajo las convicciones taoístas, muchos desde el punto de vista del cristianismo... y otros en forma, vamos a decir, ‘sin nombre’, quizás muy particular pero no por ello menos espiritual, entendiendo que lo que realmente nos distingue a las personas de los animales es esta dimensión. Si hacemos una lectura de los capítulos del Génesis en que se describe la creación, día tras día, vemos que los primeros días se crea algo así como el escenario y el quinto y sexto se ponen en él los seres vivos; al hombre se le describe como creado el sexto día por la tarde ya que por la mañana se han creado los animales. El séptimo día es el espacio propio de Dios. Todos, animales y personas somos del ‘sexto día’, aunque los hombres lo seamos del sexto por la tarde, como un privilegio; de hecho, el Génesis lo expresa de una forma muy bonita: ‘Dios arroja el espíritu, su sopro, sobre el hombre’. Ese sopro es lo que nos distingue de los animales aunque, por otra parte, compartimos muchas de sus tensiones, de sus impulsos y a veces nos comportamos peor que ellos...

El Génesis nos recuerda también que no somos del séptimo día; hay días que amanecemos como el sexto por la mañana y otros con la idea de que somos divinos... Por tanto, la propuesta es aceptar que tenemos un privilegio connatural en nuestra condición, la dimensión espiritual, que nos hace vivir en esta tensión entre tener los impulsos animales al mismo tiempo que la vocación a lo espiritual, a lo trascendente.

Sin embargo, lo que plantea el papa Francisco es que el olvido de estas cinco categorías que había planteado *Gaudium et spes*: necesidades materiales, intelectuales, morales, espirituales e incluso religiosas, ha dado lugar a una cultura totalmente distinta. Para empezar, ha habido un olvido de las tres últimas dimensiones y podemos decir que el desarrollo se ha asociado a la producción de los bienes materiales y, como mucho, a la producción de los bienes intelectuales.

Vivimos en una cultura del materialismo. En *Evangelii Gaudium* habla de que este materialismo tiene una dimensión de relativismo trascendente, de utilitarismo y de productividad, lo que genera una "cultura del descarté". En el número 122 de *Laudato si* le pone otro nombre que creo que engloba las dimensiones anteriores y lo plantea en términos muy interesantes: *Un antropocentrismo desviado da lugar a un estilo de vida desviado. En la Exhortación apostólica Evangelii gaudium me referí al relativismo práctico que caracteriza nuestra época, y que es «todavía más peligroso que el doctrinal». Cuando el ser humano se coloca a sí mismo en el centro, termina dando prioridad absoluta a sus conveniencias circunstanciales, y todo lo demás se vuelve relativo. Por eso no debería llamar la atención que, junto con la omnipresencia del paradigma tecnocrático y la adoración del poder humano sin límites, se desarrolle en los sujetos este relativismo donde todo se vuelve irrelevante si no sirve a los propios intereses inmediatos. Hay en esto una lógica que permite comprender cómo se alimentan mutuamente diversas actitudes que provocan al mismo tiempo la degradación ambiental y la degradación social.*

La descripción que hace el papa en *Laudato si*, se refiere, no solo al antropocentrismo desviado, sino a lo que él llama paradigma tecnocrático. El paradigma tecnocrático puede explicar por qué el antropocentrismo se ha desviado. En otros términos, hemos puesto en el centro la tecnología y la tecnología ha desplazado a la persona del centro de la creación. Tenemos que tener muy en cuenta esta cuestión porque verdaderamente está afectando a nuestras vidas de una forma manifiesta. El cambio en el medio ambiental está produciendo la aparición de nuevos fenómenos de pobreza. La gran preocupación es que *la degradación del medio ambiente es sinónimo de la degradación social*. Esto se expresa de forma más patente en la 'cultura del descarté' que genera pobreza.

Esta es una clave de comprensión fundamental al materialismo, a aquella forma de entender la realidad que desprecia dimensiones trascendentes o espirituales. Por eso, la recuperación de la trascendencia o de la espiritualidad no solo nos hace más piadosos o más felices en nuestra vida, sino que se puede convertir en una propuesta de regeneración social. Si la degradación del medio ambiente es sinónimo de la social, y su

causa está en el exceso del materialismo, las expresiones espirituales serían capaces de generar un espacio y unas alternativas distintas.

Ésta es la propuesta de fondo, la discusión se sitúa en cuáles son las dimensiones que conforman la persona. En este punto, el papa Francisco insiste en un concepto muy importante: *los problemas medio ambientales no se solucionan, necesitan conversión*. De hecho habla de un concepto que él define como ‘conversión ecológica’. Con esto se está refiriendo a cambios personales, grupales y sociales y a cambios estructurales. En *Evangelii Gaudium* nos insta a todos los creyentes a que nuestra espiritualidad se traduzca en alegría, que éste sea uno de los elementos dinamizadores y que generen una provocación en la sociedad. Al mismo tiempo, en *Laudato si*, la propuesta es que el mundo de la ciencia y de la técnica reconozca el valor que pueden tener expresiones más espirituales.

7. El verdadero ayuno cuaresmal

“El tiempo cuaresmal prepara a los fieles, entregados más intensamente a oír la palabra de Dios y a la oración, para que celebren el misterio pascual, sobre todo mediante el recuerdo o la preparación del bautismo y mediante la penitencia”. Tal es, según el Concilio Vaticano II, la doble finalidad de este tiempo sagrado que los católicos iniciamos el próximo miércoles, llamado “de ceniza”, por exteriorizarse en él la condición frágil y pecadora del hombre mediante el sencillo y elocuente signo de la imposición de la ceniza en la cabeza de los fieles.

Pero hay otras prácticas religiosas como son las del ayuno y la abstinencia que están unidas a este tiempo litúrgico y que, a la vez que han sido consideradas expresión de penitencia y conversión, han calado profundamente no sólo en manifestaciones de religiosidad popular, sino también en la cultura y hasta en la gastronomía de nuestros pueblos y naciones cristianas.

La Cuaresma no surgió desde el principio tal y como la conocemos hoy, sino que ha tenido una gestación de siglos y siempre referida a la celebración pascual. Esta última se fijó a mediados del siglo II y se la relacionó con la Pascua judía fijándola, tras una dura controversia, el domingo siguiente a ésta por decisión del Papa Víctor (189-198). Establecida la fecha pascual, empiezan a surgir en las Iglesias de Oriente y Occidente la realización de un “gran ayuno” para poder prepararla de manera adecuada.

8. Preparar la Pascua

El ayuno siempre ha tenido en la historia de las religiones un profundo sentido ascético, y así lo tenía también en el judaísmo y en la Iglesia primitiva, dimensiones mucho más profundas y complejas de las que hoy pudieran verse en esta práctica. El ayuno comportaba algo más que la mera privación de alimentos ya que siempre estaba relacionado con la oración y la limosna, lo que preservaban su rectitud de cara a Dios y

al prójimo, y se evitaba así que se convirtiera en un puro formalismo externo, como el que tanto fustigaba Jesús en los fariseos de su tiempo. Normalmente las principales celebraciones litúrgicas iban acompañadas de un ayuno comunitario que disponía el espíritu y el cuerpo para tales acontecimientos. De hecho la Cuaresma comenzó con un ayuno comunitario de dos días: el Viernes y el Sábado Santo que, con el domingo de resurrección, formaron el Triduo Pascual. Este ayuno tenía un sentido eminentemente pascual pues pretendía expresar la participación en la muerte y resurrección de Cristo, a la vez que, como señala el propio Jesús en el Evangelio, esperar la vuelta del Esposo arrebatado momentáneamente por la muerte.

En el siglo III la práctica del ayuno previo a la Pascua se prolonga a las tres semanas anteriores, coincidiendo con el tiempo de preparación de los catecúmenos para el bautismo de la noche pascual.

En el siglo siguiente este ayuno se prolonga aún más, tomando para ello como modelo el de Jesucristo en el desierto donde ayunó cuarenta días y cuarenta noches (cfr. Mt 4,1-2). El número de cuarenta días de ayuno, de donde provienen el nombre de Cuaresma (del latín *quadragesima*), ya lo había consagrado Moisés, quien “subiendo al monte (Sinaí) se quedó allí cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber” (Ex 24,18); posteriormente otro de los personajes emblemáticos del judaísmo, el profeta Elías, sigue el ejemplo de Moisés, pues con la fuerza del alimento de una sola comida “anduvo cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios” (1Re 19,8).

Una vez establecidos los cuarenta días de duración de la Cuaresma, las discrepancias vinieron a la hora de contar los días ya que si bien ordenados desde el jueves anterior al Triduo pascual (el Jueves Santo) el tiempo cuaresmal debería empezar el actual primer domingo de Cuaresma, pero surgió una dificultad: los domingos al recordar la Resurrección son días de alegría, y no podían ser considerados en consecuencia días de ayuno. Para salvar este obstáculo y mantener los cuarenta días exactos de ayuno, se recurrió a comenzar la Cuaresma el miércoles anterior al primer domingo, el que se llamaría “miércoles de ceniza” o “principio de ayuno”. Posteriormente, al excluir como días de ayuno también los sábados, se fueron ampliando las semanas penitenciales y aparecieron las llamadas en la liturgia romana “quincuagésima”, “sexagésima” y “septuagésima”. Todas estas adiciones quedaron suprimidas con la reforma litúrgica del Vaticano II.

Si a lo largo de los siglos ha sido variable el cómputo de los días cuaresmales, no menos han sido diversas también las formas de practicar ayuno cuaresmal. Con más o menos severidad siempre ha consistido en comer una sola vez al día; en los primeros siglos se solía hacer esta comida por la tarde, posteriormente, a partir de la Edad Media, se hacía a mediodía. Al principio el ayuno cuaresmal llevaba consigo también la abstinencia de ciertos alimentos, sobre todo de la carne y de lo que proviniera del mundo animal, de los huevos y productos lácteos; e incluso el vino era considerado materia de abstinencia. La

no referencia al pescado en la práctica primitiva hizo pensar que no entraba entre los alimentos prohibidos durante la Cuaresma, costumbre que hoy pervive.

El ayuno era sólo uno de los elementos de vivencia religiosa en que se apoyaba el tiempo cuaresmal, también estaban como ya se ha apuntado antes los otros dos fundamentales: la oración y el ejercicio de obras de caridad, sobre todo la limosna. En la práctica del ayuno cuaresmal se tenía en cuenta la edad, la salud de las personas, y era más intenso y severo para los catecúmenos que se preparaban para el bautismo y para los penitentes públicos. Con el correr de los siglos, las Iglesias de Oriente han conservado mejor el sentido del ayuno cuaresmal primitivo, en cambio, en Occidente, con el paso del tiempo se ha ido perdiendo de vista su profundo sentido original: se han ido sucediendo privilegios, dispensas, mitigaciones y distinciones entre el ayuno y la abstinencia.

9. Recobrar el sentido original

El Vaticano II ha pretendido hacer volver estas prácticas a su primitivo sentido pascual, señalando que: "la penitencia del tiempo cuaresmal no debe ser sólo interna e individual, sino también externa y social" y que se haga "de acuerdo con las posibilidades de nuestro tiempo y de los diversos países y condiciones de los fieles".

Siguiendo estas indicaciones conciliares, en 1966 el Papa Pablo VI estableció en la Constitución "Penitemini" la práctica actual del ayuno y la abstinencia cuaresmal que después quedaría plasmada en el vigente Código de Derecho Canónico, donde se señala que "todos los fieles, cada uno a su modo, están obligados por ley divina a hacer penitencia; sin embargo, para que todos se unan en alguna práctica común, se han fijado unos días penitenciales, en los que se dediquen de manera especial a la oración, realicen obras de piedad y de caridad y se nieguen a sí mismos, cumpliendo con mayor fidelidad sus propias obligaciones y, sobre todo, observando el ayuno y la abstinencia" (c.1249). Los días y tiempos penitenciales señalados son "todos los viernes del año y el tiempo de Cuaresma".

Aparte, de la abstinencia de carne los viernes de Cuaresma, con respecto a la práctica del ayuno y la abstinencia en un mismo día se especifica en el Código que ambos "se guardarán el miércoles de Ceniza y el Viernes Santo" .A la hora de señalar la obligatoriedad de estas prácticas se dice en el mencionado Código que "la ley de la abstinencia obliga a los que han cumplido catorce años; la del ayuno, a todos los mayores de edad (18 años), hasta que hayan cumplido cincuenta y nueve años" (c.1252).

Por último, la Iglesia deja en manos de las Conferencias Episcopales el que éstas determinen "con más detalle el modo de observar el ayuno y la abstinencia, así como sustituirlos en todo o en parte por otras formas de penitencia, sobre todo por obras de caridad y prácticas de piedad" (c.1253). En definitiva, una práctica antigua, esta del

ayuno cuaresmal, para ser vivida hoy con el sentido de los orígenes, o sea: “en espíritu y en verdad”.

10. Ser santos y fecundos en el Mundo.

El cristiano comienza un itinerario espiritual cada Cuaresma-Pascua donde el seguimiento de Jesús se renueva al tomar conciencia de lo que supone pasar del sufrimiento a la luz, de la muerte a la vida, del pecado a la santidad.

Un nuevo camino por recorrer un poco más exigente que el paso anterior, un poco más responsable cada vez que uno avanza. La Cuaresma nos pide silencio, reflexión, pero también aprendizaje y discernimiento. Entrar en el desierto de nuestra vida no es fácil, asumir la propia aridez, desolación, es fundamental para acercarse al hermano, para comprometerse con el herido, marginado, extorsionado, violentado de nuestro mundo.

Caminar hacia la Pascua implica dejarnos envolver por la santidad de Dios, para llegar a ser santos como Él, para ser fecundos en nuestro compromiso con una humanidad que nos cuestiona cada día hacia dónde dirijo mis acciones. «Dejémosnos estimular por los signos de santidad»

En la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* el papa Francisco nos llama a visibilizar los signos de santidad que el Señor nos presenta en los más humildes y que son signos de la fe y de la caridad.

El capítulo 19 del libro del Levítico contiene, en síntesis, lo fundamental de la ley israelita. Va dirigido a toda la comunidad y trata de regular la vida religiosa, humana y social del pueblo. Los deberes para con Dios y el prójimo se fundamentan en la santidad divina. El Señor es santo y su pueblo debe participar de su santidad.

El cumplimiento de la ley no es otra cosa que vivir en comunión con el Señor. Las relaciones con el prójimo entran dentro de esta misma dinámica. El amor a Dios y el amor al prójimo constituirán lo esencial de la ley cristiana.

El evangelista Mateo, evocando el texto del Levítico, interpreta la santidad de Dios en términos de «perfección». Esta perfección implica la práctica de todos los mandamientos, pero el alcance va más allá, porque el punto de comparación es la perfección del Padre. «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48).

La perfección no es otra cosa que entrar en la dinámica del Espíritu, que nos ayuda a avanzar en nuestra vida de creyentes con unas actitudes que van más allá de lo seguro, de lo establecido, incluso de lo que parece correcto y bueno. Es el Espíritu del Crucificado primero y del Resucitado después el que nos lleva a esta nueva fecundidad que nace del compromiso que nos hace morir a nosotros mismos.

Por ello, esta perfección de Dios a la luz del contexto de las bienaventuranzas, de todo el sermón de la montaña (Mt 5-7), se identifica con la perfección del amor. Pero lo que parece una exigencia inalcanzable no lo es tanto, puesto que el discípulo, en su condición de hijo del Padre Celestial, está capacitado para un obrar perfecto.

La fuerza transformante de esta relación filial hace que el cristiano actúe como hijo del Padre, desarrollando todas las potencialidades que tiene en sí mismo. Reconocer y poner en práctica esta Cuaresma los signos de esta relación nos capacita para la dimensión profética, la dimensión anunciadora del Dios que nos salva en la cruz.

La formulación de Lucas no solo radicaliza la máxima de ser santos al ponerla en imperativo, es decir, como mandato, sino que, al mismo tiempo, la expresa en términos de misericordia: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es Misericordioso» (Lc 6,36). El evangelista propone una imitación de Dios, precisamente de una cualidad que está estrechamente unida al actuar de Jesús y que tiene que ver con el perdón a todo ser humano.

Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra, nos dice *Evangelii gaudium* n.14. La santidad de los pequeños gestos es a la que nos propone este tiempo cuaresmal al estilo de Jesús: el de la cena, la entrega, el servicio, el amor incondicional. Pequeñas revoluciones capaces de transformar un mundo que clama otro tipo de justicia, de fraternidad, de solidaridad.

La Pascua nos enseñará que creer, fiarse del Hijo del hombre, nos lleva a la Vida en plenitud y a una ida compartida. Dios santo se ha dado a conocer a la humanidad a través de su Hijo, le ha invitado a vivir y participar del proyecto del Reino.

Santos son todos aquellos que siguen esta invitación; y participan de esta comunión con Dios y con todo ser humano. El único punto de referencia y la única orientación de la santidad es el camino y la actuación de Jesús, que elige lo perdido y despreciado y lo hace válido para sí, lo incorpora al ámbito de la divinidad. En la medida en que la santidad es efecto de la pertenencia a Cristo, la exigencia ética de la santificación se interpreta como un cumplir la voluntad del Padre y practicar toda justicia.

La santificación se extiende a la vida diaria en el mundo, porque nuestro mundo tiene sed de santidad. No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser. Depender de él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad (*Evangelii gaudium*, n.32).

No temer es el itinerario pascual que nos hace más vivos, más humanos y en consecuencia más santos y fecundo para el mundo. Los miedos paralizan y te impiden avanzar, te dejan vacío; sin embargo, Jesús resucitado rompe cualquier cadena. «No

tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida “existe una sola tristeza, la de no ser santos”» (*Evangelii gaudium*, n. 34).

Nuestro compromiso nos urge en este tiempo cuaresmal a opciones nuevas que interpelen nuestra vida y la de aquellos que no ven. A dar testimonio de la muerte y Resurrección de Jesús con valentía, con esa fuerza interior que procede el espíritu que nos ilumina en ese camino de santidad y nos hace fecundar un mundo que necesita las semillas del amor que Jesús derrama en la cruz.

11. Nuestro camino hacia la Pascua 2019

Cuando en nuestros dispositivos electrónicos que nos van marcando una dirección que buscamos, aparece ese letrero, «recalculando ruta», se producen dos momentos: en un primero, una pausa, un *impasse* que nos obliga a pararnos, a detener nuestro tiempo y nuestro movimiento, no sabemos adónde nos dirigimos y hemos de esperar atentos y expectantes aquello que nos deparará. En un segundo momento, el dispositivo se reactiva, situándonos ante la nueva ruta, que nos obliga necesariamente a reorientar nuestros pasos, a reconducirnos, e incluso a desandar lo andado para inaugurar un nuevo camino que recorrer.

La Cuaresma es un *kairós* un tiempo privilegiado, apropiado, significativo y cualificado para recalculando la ruta. Al igual que hacemos con nuestros dispositivos, en un primer momento hemos de pararnos, tomarnos tiempo, silenciar, sopesar y cavilar si la dirección que llevamos era la adecuada, si nuestros pasos nos llevan por la opción fundamental de nuestra vida, aquella para la que nos llamó el Señor, si lo que estamos sintiendo, pensando, hablando o viviendo nos está orientando a caminar por los caminos del Reino.

En un segundo momento, hemos de retomar la ruta. Encaminar nuestros pasos hacia una nueva dirección, esa que nos conduce a lo más genuino de nosotros mismos y de los hermanos, aquello que constituye la fidelidad al proyecto de felicidad que Dios Padre tiene para nosotros y para todos aquellos con quienes compartimos esta casa común llamada mundo.

Para recalculando nuestra ruta, la cuaresma nos ofrece hacer tres tipos de ejercicios que nos ayudarán a pararnos, silenciar y reorientarnos, reconducirnos: la oración, el ayuno y la limosna. Para que cumplan su cometido en nosotros no basta con tenerlos en nuestra mente o deseárselos en el corazón, sino que han de formar parte de nuestra planeación diario, de nuestra actividad, de nuestro quehacer, por ello hay que concederle un tiempo en nuestras agendas.

La oración. Espacio que nos permite entrar dentro de nosotros y «ahí» contactar con el Dios que nos habita. Este espacio ha de estar sumergido en el silencio. Es el silencio

el camino para repoblar de vida nuestra existencia» (J. Moratiel) El silencio es el lugar en que nos vivenciamos, nos hacemos cargo de lo que somos y tenemos, nos hacemos receptivos a lo que estamos viviendo. El silencio es el ámbito en que resuena el «dabar», la Palabra, para que pueda ser acogida como un tesoro y entrar en dialogo con nuestros sentimientos, nuestras opciones y acciones, provocando impactos de vida en nuestro corazón. *Le dijo: «Sal y permanece de pie en el monte ante el Señor». Entonces pasó el Señor y hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebraba las rocas ante el Señor, aunque en el huracán no estaba el Señor. Después del huracán, un terremoto, pero en el terremoto no estaba el Señor. Después del terremoto fuego, pero en el fuego tampoco estaba el Señor. Después del fuego, el susurro de una brisa suave. Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se mantuvo en pie a la entrada de la cueva. Le llegó una voz que le dijo: ¿Qué haces aquí, Elías? (1 Re 19,11-13).*

El ayuno. Ejercicio práctico de dieta de todo aquello que no me nutre y me «engorda », de todo lo que me distrae de lo esencial de mi vida y no me permite recorrer los caminos, hacia los territorios esenciales de mí mismo/a y caminar por el proyecto de vida, de felicidad que Dios tiene para mí y para mis hermanos. La vida no es eterna, en este mundo.

Por eso hemos de discernir muy bien en qué queremos invertirlo, que queremos gastar este don preciado que no es ilimitado. Para ello hemos de elegir qué «queremos hacer» y que «no queremos hacer», qué vamos a alimentar en nuestra vida y qué queremos dejar de nutrir hasta la inanición porque no nos aporta nada y por tanto no ha de importarnos nada: «lo que no me aporte, lejos» (Vivir, Rozalen y Estopa).

¿Cuáles han de ser mis ayunos: gastos superfluos e innecesarios, redes sociales superficiales y triviales, quehaceres cuyo único objetivo soy yo y mi ego? *Espantaos, cielos, de ello, horrorizaos y temblad aterrados –oráculo del Señor–, pues una doble maldad ha cometido mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de aguaviva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen agua (Jr 2,12-13).*

La limosna. La práctica de la limosna que nos propone esta cuaresma va mucho más allá de una definición: cosa, especialmente dinero, que se da a otro por caridad. La limosna evangélica no es dar cosas por caridad, es darnos a nosotros mismos y desvivirnos en el día a día por los otros, especialmente por los más débiles.

Es poner nuestras energías y nuestro compromiso en la promoción del bien común, en la defensa de la vida, la dignidad y los derechos fundamentales del ser humano, en la preservación de la paz en el mundo, en el cuidado de la casa común, en definitiva en la construcción de una sociedad que ponga al centro la persona humana, porque ese el proyecto humanizador del Reino, proclamado por Jesús de Nazaret con sus gestos y sus palabras. «¿Con qué me presentaré al Señor y me inclinaré ante el Dios excelso? ¿Me presentaré con holocaustos, con terneros de un año? ¿Le agradarán al Señor mil bueyes, miríadas de ríos de aceite? ¿Le ofreceré mi primogénito por mi falta, el fruto de mis entrañas por

mi pecado? Hombre, se te ha hecho saber lo que es bueno, lo que el Señor quiere de ti: tan solo practicar el derecho, amar la bondad, y caminar humildemente con tu Dios» (Miq 6,6-8).

«Alegraos y regocijaos» (Mt 5,12) en esta Cuaresma El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. (cf. *Evangelii gaudium* 1) Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió «para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor» (Ef 1,4). Nosotros podemos ser «los santos de la puerta de al lado».

RECOPILO: Mons. Jorge Antonio Palencia
Canónigo Lectoral V. Cabildo de Guadalupe



TEPEYAC, Cuaresma 2019.